

CONTRIBUCIÓN PARA EL SIMPOSIO SOBRE LAS REALIDADES DEL PSICOANÁLISIS

RESPONSABILIDAD POR LA REALIDAD PSÍQUICA- RESPONSABILIDAD POR LA REALIDAD SOCIAL

Clara Nemas

En esta breve contribución al tema de las realidades que enfrenta el psicoanálisis en sus diferentes espacios, me propuse compartir una reflexión personal sobre un tema que frecuentemente surge en los debates entre analistas en nuestro medio. Esta discusión se refiere a la necesidad de una mayor participación y compromiso de las instituciones psicoanalíticas en los temas que genéricamente reciben el nombre de “realidad”. Pero esa propuesta no se detiene en los debates internos, sino que también se interroga sobre la presencia que lo externo, lo social, la “realidad”, deberían tener en el trabajo psicoanalítico con un paciente.

Quiero referirme a cuestiones que surgieron recientemente en APdeBA, que tuvieron como tema el concepto de realidad en psicoanálisis: ¿Es que la realidad externa debiera quedar como un ruido que se desestima? ¿Es que hay un recorte de la realidad – la realidad interna - que corresponde a la especificidad del psicoanálisis? ¿Pero acaso no habría un espacio mental trans-subjetivo en el que se encuentran las representaciones del mundo externo real sobre el que el psicoanálisis tiene una intervención? ¿Qué realidad está en juego cuando se postula una relación narrativa con la verdad?

Voy a tomar como marco de referencia para esta breve contribución las teorías kleinianas en algunos de sus desarrollos.

Se podría cuestionar si la teoría kleiniana - con la prevalencia que otorga a la fantasía inconciente, la tenacidad con la que sostiene la presencia del instinto de muerte y el elemento destructivo desde los orígenes mismos del psiquismo y la instalación de las ansiedades psicóticas en las entrañas de la vida mental - sería una teoría útil para iluminar los aspectos relacionados con la realidad social, política y aún artística. Personalmente así lo entiendo y trataré de presentar algunas consideraciones en borrador, aunque seguramente son apresuradas y requerirían más análisis.

Llamativamente o no tanto, la teoría kleiniana surgió y se extendió entre los albores y las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, momento en que algunos de sus postulados acerca de un superyó arcaico y sádico y su relación con la violencia, la criminalidad y la psicosis coincidían con una Europa arrasada por la destructividad. Por otra parte era una época en la que, en una Inglaterra con una fuerte tradición feminista, el papel de la mujer se expandía tanto en el área profesional como en las clases trabajadoras. Uno de las obras de arte más celebradas producidas en plena guerra fue la escultura de Henry Moore *La Madonna y el Niño*, que fue emplazada en el año 1943 (parece que no sólo los analistas seguían interpretando). Al descubrirse la estatua, se dijo que si bien el Niño era el centro de la obra, la Virgen estaba concebida como cualquier niño pequeño pensaría en esencia de su madre, no como pequeña y frágil, sino como el sólido, enorme y seguro respaldo de la vida. Los niños huérfanos, evacuados y sin hogar fueron un centro de

atención para el psicoanálisis de la época y permitió entender aún más profundamente la importancia de los vínculos tempranos y de la relación de dependencia infantil.

Es en este marco que Klein desarrolla sus ideas que tienen como base las relaciones de objeto tempranas, que derivan de la concepción de la posición depresiva. Para Melanie Klein, su énfasis en los objetos internos es una re-elaboración de la teoría del superyó, y esto tiene sus consecuencias. La constitución del superyó tan temprano y despegado de la resolución del Complejo de Edipo tardío, pone en simultáneo la construcción de una subjetividad en la que el “otro” aparece incluido en la constitución del centro de nuestra identidad - el objeto bueno como núcleo del yo -. Así se configura un mundo interno que posibilita la capacidad de sostener una vida inter-personal compleja y significativa. Esto llevó a algunos autores, como Emilia Steuerman (2000) a pensar que el psicoanálisis kleiniano puede contribuir a la discusión ética de nuestra época y propone una distinción entre una *ética de la obediencia* y a aún de una particular “justicia” (en el sentido del miedo a las consecuencias negativas de una transgresión a la ley) y una *ética del cuidado*, relacionada con una preocupación responsable por el objeto. Alford (1989) se refirió a una moralidad originada en la agresión de la posición esquizo- paranoide como *moralidad del talión*, mientras que llamó *moralidad reparatoria* a la surge con el reconocimiento depresivo del daño ocasionado al objeto.

Un concepto caro a la teoría kleiniana es el de responsabilidad por la realidad psíquica. La responsabilidad implica integración, en otros términos, consiste en aceptar la propia emocionalidad sin recurrir a mecanismos de proyección que desconozcan su origen interno; implica aceptar la responsabilidad por la impulsividad, por los efectos y actitudes del self *vis-á-vis* los objetos internos pero también externos. Mi interrogante, pero en alguna medida también mi propuesta, es que trabajar en estos aspectos del vínculo con el objeto interno amplía nuestra capacidad para responder responsablemente a las realidades sociales.

En los años 50, a partir del trabajo sobre identificación proyectiva, los analistas “kleinianos” incluyeron en su trabajo clínico al tratamiento de pacientes psicóticos, pero también extendieron su teoría a la comprensión de fenómenos sociales, institucionales y grupales. Resultado de este interés fue el libro *Nuevas Direcciones en Psicoanálisis*, en cuya segunda parte aparecen publicados artículos sobre arte, ética, estética, instituciones y grupos. Melanie Klein participó de este proyecto, ya que fue coeditora del libro.

Los trabajos de Hanna Segal de los años 80 son exponentes de la contribución a la comprensión de fenómenos sociales desde la teoría psicoanalítica kleiniana. Ante la escalada armamentista y nuclear y la ideología que la sustenta, Segal muestra cómo los procesos de negación y escisión generan un círculo vicioso de aumento de destructividad, desamparo, paranoia y fragmentación de la responsabilidad. Considera que la ideología bélica promueve la proyección masiva en el enemigo de todo lo que es rechazado en el self. Los procesos de desprecio, negación y proyección – característicos del funcionamiento esquizoparanoide- que tienen lugar en escala masiva, llevan a situaciones que, de surgir en un individuo, serían consideradas como evidencias de un serio desorden mental. Tras estas maniobras defensivas extremas, incluido el triunfo maníaco sobre el

enemigo, se esconden ansiedades de aniquilamiento de las que ninguno de nosotros estamos exentos, pero que se hacen más patentes en el mundo interno de pacientes psicóticos, en la fantasía de fin de mundo.

En el año 1987, Hanna Segal fundó una sociedad de psicoanalistas que se oponían a la guerra nuclear. El trabajo sobre el que fundó esta convocatoria, y que fuera publicado en una importante revista psicoanalítica se tituló: *El Silencio es el Verdadero Crimen*. Segal creía que la comprensión psicoanalítica de la extensión de nuestra destructividad y el terrible costo que la humanidad paga por su negación, podían contribuir de modo importante a cuestiones socio-políticas.

En el obituario que dedicaron a Melanie Klein, tres representantes del psicoanálisis kleiniano, Hanna Segal, Wilfred Bion y Herbert Rosenfeld dijeron: “todo trabajo científico tiene como finalidad el ver a la vida “tal cual es”. La peculiaridad del psicoanálisis yace en nuestra creencia de que tal objetivo sostenido en forma constante, tiene un efecto reparador”.